



Doris Lamus Canavate\*

## Historias de mujeres: Envejecer en tiempos de pandemia

Escribir historias de mujeres en tiempos de coronavirus es una tarea que no me había planteado pese a haber recogido, descubierto y narrado muchas, tantas que perdí la cuenta, durante mi labor como investigadora y narradora de relatos de vida de mujeres en Colombia. De hecho, de alguna manera, sigo haciéndolo pese a mi des-institucionalización de hace ya un quinquenio, pero no se me ha pasado por la cabeza hacer relatos desde mi experiencia personal.

Y no sé si llegó el momento, pero pienso que no dejar un registro de cómo este confinamiento voluntario/obligatorio ha afectado a las mujeres y sus familias, pasa por nuestras propias vidas. Así, pues, es imposible escapar a la impactante cantidad de iniciativas para responder a las infinitas necesidades de toda índole de la población en general y de las mujeres en particular, en campos y ciudades, desde la más expuesta por la precariedad de su propia existencia y la de los suyos,

pasando por las que lidian día a día con tareas de cuidado no pagas o mal remuneradas, las que a pesar de tener un oficio y un trabajo, hoy confinadas, no reciben ningún ingreso, hasta la profesional, la educadora que desde casa hace maravillas con su vida y su tiempo: es madre, esposa, ejecutiva o investigadora de alguna universidad, o miembro de una red de organizaciones sociales que trabaja por el bienestar o los derechos de otros y otras. Y ese número incierto de mujeres padecen, además, los malos tratos, de la pareja y la familia. Seguro que hay más, pero de ahí para arriba seguro tienen mejores alternativas para sobrellevar el confinamiento.

También se multiplican como COVID 19, las conferencias, los conversatorios, las conexiones remotas para verse, contarse, saludarse, pontificar sobre lo divino y lo humano en tiempos de pandemia; aconsejar qué y cómo hacer, e imaginar o pronosticar, cómo será cuando salgamos

\* Socióloga, politóloga, estudioculturalista, feminista, narradora de historias, des-institucionalizada. Cofundadora de la ONG feminista Mujer y Futuro, 32 años en Bucaramanga y Santander. Colombia.

de esta encerrona mortal, el mejor y el peor escenario posible, el románticoide, bucólico, y el apocalíptico y las variaciones entre ambas posturas. Desde Sopa de Wuhan hasta la Sopa de Caracol, versión de Dhayana Carolina Fernández (“Confinadas mas no silenciadas”, Encuentro virtual de la Red Hila, Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 4-7 de mayo 2020).

Con ese escenario de fondo, ¿qué historia hace la diferencia?, ¿cuál no ha sido contada y merece ponerla en papel? ¡Muy difícil! Pero fue precisamente en uno de estos espacios de amigas y colegas, donde me sacudieron la silla, al abordar un tema que no se nombra en tiempos de pandemia, salvo para contar los fallecimientos en las casas geriátricas en Europa y USA, o por las normas de confinamiento radical para mayores de 70, hombres y mujeres, que fijó el gobierno colombiano desde el día cero, pero que con unos pocos años menos, atemoriza y auto-encierra a los que conviven con padecimientos de salud como la hipertensión, problemas respiratorios y otros males que son frecuentes en estas edades. A veces basta con tener miedo, no solo años. Envejecer en tiempos de pandemia.

Envejecer es vivir más y, para las mujeres, muchas mujeres, ese vivir más se convierte en la prolongación *ad infinitum* de buena parte de las cargas, físicas y emocionales, y las circunstancias que han tenido que vivir a lo largo de su historia. Con cifras y detalles, datos más o menos, esta era una de las líneas del relato de las panelistas del evento virtual de la Red Hila. Envejecer es también correr el riesgo de vivir la vida, decía Elisa Dulcey citando a algún autor que ahora no re-

cuerdo, y seguían su deshilvanada reflexión -ella lo dijo- preguntándose ¿cómo caminaste por la vida?, ¿con quién o quiénes?, ¿a dónde nos llevó ese camino? Te dejo sus preguntas... pueden servir para iniciar o continuar una conversación en cuarentena con veteranas como nosotras.

Envejecer es también, pienso, entrar en una especie de limbo donde todavía no has muerto, pero ya eres fantasma para una sociedad que te pone la etiqueta de viejo o vieja, o el eufemismo de adulto mayor, varón o mujer, no importa. ¡Mentira, sí importa! a Anna Freixas le enardece la homogenización, la estandarización de las personas mayores, bajo cualquiera de esas etiquetas que borra la historia, la personal y la de sus países, sus guerras, glorias y victorias y su compromiso con ellas.

Esas historias, las de España, en el caso en referencia, hablan de un enorme grupo de pioneras que consiguieron la aprobación de leyes que transformaron la nación, “mujeres que hemos conseguido que se aprobaran leyes que nos han permitido ser dueñas de nuestra sexualidad, nuestros cuerpos, vidas y afectos, y también librarnos de nuestros desafectos. Gente mayor hoy que con nuestro trabajo hemos transformado este país de alpargata y hatillo, al espacio europeo e internacional de mochila y doctorado. Gente de una pieza, a la que ahora se la somete *por su propio bien*”. Gente que ha conseguido todas las libertades de las que hoy disfrutan quienes —en nombre del amor— tratan ahora de limitárnoslas. Ver en: <https://elpais.com/sociedad/2020-04-20/no-por-nuestro-propio-bien-no.html> La consigna de Ana Freixas es resistir a la

declaratoria de incapaces, resistir a la benevolencia de limitar esos derechos que costó tanto y durante tantos años, obtener. Queremos justicia, respeto a mi mente, a mi dignidad, a lo que digo, a lo que hago –insiste–. No es el abandono –ese que es tan frecuente en países latinoamericanos–, no es el olvido, es el reclamo a los Estados y a la sociedad, acerca de la necesidad de pensar y diseñar políticas en las que se fomentaran la libertad, la justicia y los cuidados eficientes y generosos que nos permitieran vivir con dignidad y respeto, concluye contundente.

Y este es un reclamo desde España, pero también desde nuestro contexto y de otros, con suficientes matices por supuesto, con sus particularidades, pero tenemos una demanda general de fondo : reconocimiento al aporte de las generaciones mayores, a los logros y las libertades de que gozamos hoy gracias a su lucha, así como respeto y dignidad para lo que hacemos, decimos y aportamos, aun en tiempos de cuarentena. En la Amazonía, en el Chocó, en la Guajira, en cada rincón donde se sigue sobreviviendo gracias al trabajo de millones de mujeres, muchas de ellas mayores de 60.

Para terminar, traigo al cuento una historia contada por un hombre: el domingo 10 del mes en curso, mayo, circuló en las redes un artículo de Daniel Samper Pizano titulado *La jaula de los abuelos*, escrito en masculino, desde la experiencia de los hombres, pero con el mismo sentir de las mujeres de cuya voz me apropié aquí; él coincide en alguna de las cosas que antes mencionaba. Retomo, para cerrar, con el problema de los estereotipos, o la homogenización que se hace

de la población mayor, pero en el tono de Daniel Samper Pizano, y del DANE, con su representación de “algo más de 4 millones y algo menos de 5. Pero el problema no es la aritmética sino el enfoque. Las páginas del DANE representan a los niños con dos muñequitos radiantes; a los adultos menores, con una pareja fuerte y esbelta; y a los mayores con dos viejecitos jorobados que se apoyan en un bastón. Así nos ven. Y así nos tratan”.

No sin un dejo de ironía concluiría diciendo que, en alguna medida, a las mujeres nos va mejor, podemos ser medio fantasmales en la vejez, pero también ser de los mejores apoyos que las familias extensas puedan tener cuando se nos requiere. Y, a veces, hasta dejamos notas para una historia de la vejez en cuarentena.

**Doris Lamus Canavate**  
**Piedecuesta, Santander, Colombia**  
**Mayo 13 de 2020, año del Covid 19**



Elisa Dulcey y Ana Freixas, selfie tomada por Doris Lamus, mayo de 2019